

# KAFKA ENTRE BLANCHOT Y DELEUZE

Natalí Incaminato

natalincaminato@gmail.com

El espacio intersticial del escritor checo en el título del presente trabajo apunta a señalar el hecho de que no sólo ha sido leído por los dos, sino que, además, el Kafka que lee Deleuze, y sobre el que escribe, es el ya pensado por Blanchot. Esta influencia, que es notoria y que el propio Deleuze afirma en su filosofía más allá de sus textos sobre el autor de *El proceso*, permite pensar las conceptualizaciones en torno a Kafka que Deleuze construye, sus continuidades y desvíos con respecto a las lecturas blanchotianas. También, la idea de *entre* permite ver los pliegues en los que aparece Kafka en las obras de Blanchot y Deleuze jugando en la construcción de conceptos filosóficos o teóricos.

Palabras clave: Blanchot – Deleuze – Franz Kafka – Literatura – Filosofía

## KAFKA BETWEEN BLANCHOT AND DELEUZE

The interstitial space of the Czech writer in the title of this work aims to point out the fact that not only has been read by both, but also, the Kafka that Deleuze reads, and about which he writes, is the one already thought by Blanchot. This notorious influence which Deleuze himself affirms in his philosophy beyond his texts on the author of *The Process*, allows to think about the conceptualizations around Kafka that Deleuze constructs, its continuities and deviations respect to the Blanchotian readings. Also, the idea of *between* allows to see the folds in which Kafka appears in the works of Blanchot and Deleuze playing in the construction of philosophical or theoretical concepts.

Key words: Blanchot – Deleuze – Franz Kafka – Literature – Philosophy



La obra de Franz Kafka forma parte de varias formulaciones de Maurice Blanchot y Gilles Deleuze, y también constituye uno de los autores del canon literario que los filósofos han leído. Una similitud evidente en los modos de leer a Kafka es la elección de mixturar tanto las obras literarias como las cartas y los *Diarios*. En Blanchot, los análisis de las obras literarias a veces se solapan con los análisis de la vida del escritor y, especialmente, el *Diario* es asediado en la búsqueda de los movimientos de la experiencia de escritura, por ejemplo y de particular relevancia, la cuestión del pasaje del

“Yo” al “Él” en el ensayo “Kafka y la literatura” de *La parte del fuego*.

En el caso de Deleuze, en *Kafka, por una literatura menor*, escrito en colaboración con Guattari, la decisión de leer en conjunto las cartas y las obras se explica en el hecho de que ambas formarían parte de una “máquina literaria Kafka” o “máquina de expresión Kafka” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 45), cuyos componentes serían las cartas, los cuentos y las novelas. El *Diario*, por su parte, no es un elemento o aspecto de la obra, es una suerte de “ambiente” que comunica con el exterior y distribuye el deseo de las cartas, de los cuentos y de las novelas, lo atraviesa todo, por eso no es un elemento específico de análisis como parte de la obra.

Otra de las cuestiones que ambos ponen de relieve es la del “desierto” en tanto mundo fuera de lo humano en el escritor checo, palabra usada por el propio escritor en su *Diario*. En el capítulo “Kafka y la exigencia de la obra” de *El espacio literario* Blanchot cita un fragmento del *Diario* en el que aparece el tópico del desierto y del destierro; allí Kafka dice:

“Ya soy ciudadano de este otro mundo, que se parece al mundo normal como el desierto a la tierra cultivada ... Siento simpatía hacia los que aman, pero no puedo amar, estoy demasiado lejos, estoy desterrado.” y más adelante “estoy en otra parte; la fuerza de atracción del mundo humano es tan prodigiosa que en un momento puede hacernos olvidar todo lo demás (Kafka, F, 1953: 393-394)

Blanchot lee en estos pasajes un conflicto ante el que se encuentra el escritor: conflicto entre el mundo al que pertenece y debe pertenecer y la exigencia de la obra, cuyo tiempo es un tiempo otro, sin trabajo, es la ausencia de tiempo. La situación religiosa de Kafka, el judaísmo, hace más fuerte este conflicto con el mundo, con la coerción familiar, los noviazgos, el deseo de cumplir la ley. El escritor pendula entre la búsqueda de salvación con la literatura y el movimiento de volver al mundo, sus compromisos y la necesidad de escapar de la burocracia.

Kafka está en *otra parte*, atraído por el mundo humano, pero también por el otro mundo, cuya exigencia y verdad lo excede y que no es agotada por la obra, se realiza en ella sólo de forma imperfecta. Blanchot sigue las anotaciones del *Diario* del escritor para dar cuenta de los movimientos en la experiencia de escritura; según su mirada, en los momentos más difíciles, Kafka ve en la escritura la posibilidad de salvación, la literatura es un poder que lo libera, una fuerza que aparta la opresión del mundo en el pasaje liberador del *Yo* al *Él*.

En un primer momento, el escritor checo se separa de las opresiones de su entorno para entregarse a la soledad esencial necesaria de la exigencia de la obra, toda obligación (familiar, laboral) son negativas para la escritura por su demanda de atención. Pero luego oscila entre compromisos con el mundo y el exilio, la cercanía al desierto; duda en otorgar la constancia que demanda la realización de la obra, en palabras de Blanchot oscila patéticamente, por momentos parece hacer todo lo posible para pertenecer al mundo de los hombres, obligaciones que vinculan a Kafka con el padre y el cumplimiento de la ley. Por otro lado, ve su pertenencia a la otra orilla, al desamparo del desierto en tanto *Afuera*, tierra del error de la que sólo se está cerca, de la que se está apartado, separado y excluido de sí mismo. Tal como plantea Carlos Surghi en *La experiencia imposible. Blanchot y la obra literaria*, Blanchot ve a Kafka como “víctima de un estado de angustia que le impide confiar en sí mismo y lograr el gran salto que demanda lo interminable; de este modo Kafka para Blanchot termina transformando la posibilidad del infinito en la obra en la pesadilla de lo indefinido en la vida” (Surghi, C. 2012: 37). Entonces, finalmente, según las notaciones de los *Diarios*, Kafka se inclina a reemplazar la experiencia literaria por la experiencia religiosa, a confundirlas y así deja en segundo plano el deseo de lo imposible.

Deleuze y Guattari, por su parte,

retoman la relación de Kafka con el desierto y ese otro mundo, pero en la lectura de *Kafka, por una literatura menor*, se vincula con las desterritorializaciones y el devenir animal, devenires que se adentran en el mundo desértico que era la carga del escritor. En este punto de la argumentación los autores citan la entrada del diario de 1922 citada también por Blanchot:

Pero también es grande la fuerza de atracción de mi mundo; los que me aman, me aman porque estoy abandonado, y la verdad es que no lo hacen porque lo esté en el sentido probable del vacío de Weiss, sino porque sienten que, en otros terrenos, en épocas dichosas, tengo la libertad de movimientos que aquí me falta completamente (Kafka, F, 1953: 395)

Para Deleuze y Guattari, el movimiento de ese otro mundo se traza con el devenir animal, con proyectar una línea de fuga y encontrar un mundo de intensidades puras en donde se deshacen las formas, las significaciones, los significantes y significados. Pero, además, el desierto y ese otro mundo kafkiano se asocia en Deleuze y Guattari con la literatura menor y, específicamente, con la cuestión de la lengua.

La literatura menor, en tanto literatura que “una minoría hace dentro de una lengua mayor” implica “encontrar su propio punto de subdesarrollo, su propia jerga, su propio tercer mundo, su propio desierto” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 31). El encuentro de Kafka con ese mundo y ese desierto se da a partir de la lengua, el alemán de Praga, con el que ya posee una relación de desterritorialización en varios sentidos y que el escritor debe llevar más lejos. El camino de Kafka para hacerlo es la sobriedad, la corrección inaudita y el rigor; el uso menor de la propia lengua, su estadía en ella como un extranjero, se asocia a una “invención sintáctica sobria” que “lleva lenta, progresivamente, la lengua al desierto” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 43).

Tanto en el devenir animal y en los sonidos no humanos y asignificantes que se dejan oír en los relatos y en las líneas de fuga de las novelas, como en este uso menor del alemán de Praga, el lenguaje deja de ser representativo para tender hacia sus extremos o límites. En esta lectura, es claro que Deleuze mantiene la mirada blanchotiana de la distinción de un límite que está fuera del lenguaje, un afuera que está hecho de bloques de visiones y audiciones que constituyen líneas de fuga.

En este punto es interesante pensar el vínculo entre el otro mundo y el desierto en tanto *Afuera* y el mundo conocido en ambos

filósofos; en varios de los textos sobre Kafka, Blanchot asocia el desierto mencionado en los *Diarios* con el “afuera”, y hacia el final de “Kafka y la exigencia de la obra” de *El espacio literario* asegura: “el artista, ese hombre que Kafka también quería ser, preocupado por su arte y en la búsqueda de su origen, el “poeta” es aquel para quien no existe siquiera un único mundo, porque para él solo existe el afuera, el fluir del afuera eterno” (Blanchot, M, 2015: 73).

Para Deleuze y Guattari, en cambio, Kafka no huye fuera del mundo, sino que provoca fugas en el mundo y su representación, ya sea en los cuentos de animales a través del devenir o en las novelas, cuyo desmontaje de los dispositivos de enunciación y los dispositivos maquínicos “provoca fugas en la representación social” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 71). De este modo, la literatura funciona contra una lógica imperante, hay una relación crítica, desrealizante con los flujos de poder.

La base de estas diferencias de lecturas kaffianas entre Blanchot y Deleuze se encuentran en la divergencia del segundo en su recepción y concepción de la idea de “Afuera”. Julien Canavera en su artículo “Del 'afuera del pensamiento' al 'pensamiento del afuera': Deleuze entre Blanchot y Foucault” señala las divergencias y la reapropiación que lleva a cabo Deleuze del concepto de “Afuera”:

Lo que, en Blanchot, señalaba esencialmente una «fuerza de exclusión y de arrancamiento», se convierte, mediante el extraño uso que hace Deleuze del afuera, en una potencia de inclusión de la exterioridad, por la cual lo no-pensado se abre paso en el pensamiento y lo trabaja desde dentro como su límite interno. «Pensar es buscar ese afuera en el propio adentro, como lo impensado que está incrustado en todo pensamiento», es «llegar a lo no estratificado». El afuera blanchotiano «no tiene positividad»: su movimiento de exteriorización no sólo «desata, en una pura dispersión, todas las figuras de la interioridad», sino que aboca «al vacío, a la ausencia, a la pura negatividad» ... a la pasión blanchotiana del afuera, concebida como «dispersión del presente que no pasa», Deleuze responde la fulguración «despresentificante» del devenir deleuziano, que pone en jaque la historia y su evolución (Canavera, J, 2015: 430)

Este uso divergente del *Afuera* en Deleuze parece vislumbrarse en su lectura de Kafka; mientras que Blanchot señalaba la oscilación de Kafka entre dos mundos, cuando en realidad para el artista sólo existe el fluir eterno del afuera, Deleuze plantea que el escritor desterritorializa, incluye la exterioridad de lo

pensable (lo animal, lo menor, lo asignificante) aún sin “huir del mundo”; tal como plantea en *Crítica y clínica* sobre la literatura:

la lengua es presa de un delirio que la obliga precisamente a salir de sus propios surcos ... una lengua extranjera no puede labrarse en la lengua misma sin que todo el lenguaje a su vez bascule, se encuentre llevado a un límite, a un afuera o un envés consistente en Visiones y Audiciones que ya no pertenecen a ninguna lengua (Deleuze, G, 1996: 16).

Tanto en Blanchot como en Deleuze la experiencia del otro mundo (en Blanchot el *Afuera*, en Deleuze y Guattari la línea de fuga y desterritorialización) está ligada a una visión filosófica impersonal, en la que el sujeto padece su propia disolución. En las obras de Kafka ya no habla “yo” sino otra voz, lo que Roberto Espósito en su libro *Tercera persona. Política de la vida y filosofía impersonal* ha llamado la “tercera persona”, lo *neutro*.

En el ensayo ya anteriormente citado “Kafka y la literatura” Blanchot afirma que el escritor “descubre” la literatura, en el momento en que logra sustituir el “yo” por la construcción de una tercera persona “él” en la puesta por escrito de todo lo que le acontecía. Su hipótesis de lectura es que, en obras como *La condena*, *La metamorfosis* y *El proceso*, despersonaliza, por medio del lenguaje, su propia historia para ponerla en juego en la construcción de diferentes relatos; el relato de ficción pone en el interior de quien escribe cierta distancia, cierto intervalo también ficticio, sin el cual no podría expresarse. Estas formulaciones tempranas son expresadas de modo más teórico en *El espacio literario* y luego en “La voz narrativa” de *La conversación infinita*, allí Blanchot expone la particularidad de este impersonal; cuando Kafka da el paso del “yo al él”, de la primera a la tercera persona; el escritor es suprimido y el relato se relaciona con la vida mediante una relación neutra. Ese “Él” que sustituye al “Yo” es caracterizable, es el acontecimiento “no aclarado de lo que tiene lugar cuando se relata” y que “habla por detrás” (Blanchot, M, 2008: 489). En su distinción de la impersonalidad de la novela en Flaubert y la impersonalidad en Kafka, Blanchot plantea que en el mundo novelesco del segundo hay una distancia; no sólo vivida por el personaje principal, siempre a distancia de sí mismo y de los acontecimientos que vive o los otros seres, sino distancia que lo separa a él mismo del centro en un constante descentramiento de la obra y distancia que introduce en la narración “la alteración de otra habla o de lo otro como habla (como escritura)” (Blanchot, M, 2008: 493).

El contar, entonces, pone en juego el “neutro” custodiado por el “él” narrativo, que destituye a todo sujeto y es la cuña de la intrusión de lo otro, irreductiblemente extraño, un vacío dentro de la obra: “Kafka nos enseñó ... que relatar pone en juego lo neutro. Sobre la narración gobernada por lo neutro vigila la tercera persona” y más adelante agrega “la tercera persona narrativa destituye al sujeto y expropia la acción transitiva o la posibilidad objetiva” (Blanchot, M, 1981: 112)<sup>1</sup>. La escritura es el espacio privilegiado de un proceso de despersonalización, en la que se retira al lenguaje del curso del mundo.

En Deleuze y Guattari también se deconstruye la categoría de persona, para Deleuze, particularmente, la literatura se relaciona con una tercera persona, con el poder de un impersonal, y aquí se visualiza claramente el influjo de Blanchot. Pero en la perspectiva sobre la literatura de Kafka en *Kafka. Por una literatura menor*, eso otro que habla, límite del lenguaje y de la representación que irrumpe en los relatos, son las salidas y líneas de fuga en tanto devenires animales en los cuentos (el devenir animal es la “desterritorialización absoluta del hombre”, “línea de fuga creadora que no quiere decir nada que no sea ella misma” y “proceso que reemplaza a la subjetividad” (Deleuze, G y Guattari, F, 1987: 56).

En el caso de las novelas ya no hay ningún devenir-animal, sino que la máquina literaria encarna en dispositivos sociales complejos que “permiten obtener, con piezas y engranajes humanos, efectos de violencia y de deseo inhumanos más fuertes que los obtenidos gracias a los animales o mecánicas aisladas” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 61).

Además, en cuanto a la concepción de la literatura de Kafka como literatura menor, en ellas el “Yo”, la primera persona, deja paso a una enunciación colectiva, a un sujeto colectivo de enunciación aún cuando el escritor esté al margen de su comunidad, ya que esa soledad lo abre a las potencias diabólicas de futuro. Junto a Kafka, los autores afirman que la literatura es un asunto del pueblo; no hay sujeto, sino dispositivos colectivos de enunciación; se rechaza la idea de literatura de autor para pasar a una multiplicidad.

Otro aspecto que se puede pensar en común es que para ambos autores la literatura de Kafka impone una lectura que se opone o se escapa a la interpretación.

En el ensayo “La lectura de Kafka” Blanchot repasa algunos textos críticos sobre la obra del escritor y señala la dificultad que reflejan: ellos tratan de conservar el enigma y la solución, la posibilidad de leer en la imposibilidad de interpretar esa lectura. Cada término, imagen, cada relato en Kafka es capaz de significar lo opuesto y el lector es arrastrado a un movimiento giratorio de esperanza y desamparo. Esta cuestión es retomada en “La literatura y el derecho a la muerte” de *La parte del fuego*. Sobre el final del ensayo, Blanchot parte de Kafka y su relación con la ambigüedad para hacer extensiva su idea al resto de la literatura:

La literatura es el lenguaje que se hace ambigüedad ... No sólo cada momento del lenguaje puede llegar a ser ambiguo y decir alguna otra cosa que no dice, sino que el sentido del lenguaje es incierto, de él no se sabe si expresa o representa, si es una cosa o la significa ... La ambigüedad está en todas partes (Blanchot, M, 2007: 301).

En este sentido, es similar su mirada sobre *El castillo* de Kafka y la multiplicidad de interpretaciones que genera como comentario. En el capítulo “El puente de madera. La repetición, el neutro” de *La conversación infinita* repasa la cantidad de lecturas que se han realizado de la novela, y afirma: “*El Castillo* no está constituido por una serie de acontecimientos o peripecias más o menos ligadas, sino por una serie siempre más distendida de versiones exegéticas, las cuales sólo llevan finalmente a la posibilidad misma de la exégesis” (Blanchot, M, 1981: 122). El vacío en el relato no está en ninguna parte y está repartido igualmente en cualquier punto. Este vacío, falta y distancia que constituye el relato es el que exige el habla infinita del comentario y es lo que hace que, por ejemplo, todas las interpretaciones sobre la relación del personaje K. con el castillo sean insuficientes. Ya sea que se interprete al Castillo como espacio de una divinidad, o la trascendencia del Ser o de la Nada, estas identificaciones, en palabras de Blanchot “no dejan de decepcionarnos otra vez: como si el castillo siempre fuese infinitamente más que eso, infinitamente más, es decir, también infinitamente menos” (Blanchot, M. 1981: 123). Lo que desactiva la posibilidad de evaluar es, justamente, lo *neutro*, esa suerte de punto de fuga hacia el infinito a partir del cual el habla del relato y las hablas sobre el relato reciben su perpetua abolición.

Por su parte, en Deleuze y Guattari, la

<sup>1</sup> Esta lectura de Blanchot a partir de la idea de lo neutro será crucial en Derrida, tal como se visualiza en su texto de

1982 “Ante la ley” que trata sobre el relato homónimo de Kafka.

lectura también se propone al inicio de *Kafka. Por una literatura menor* como alejada de la interpretación en pos de los “protocolos de experiencia”, alejados de la significancia y la hermenéutica; la propuesta que enuncian los autores es entrar en la obra de Kafka por cualquier extremo, ver con qué otros puntos se conecta, buscar el “mapa del rizoma” y así explorar los modos de experimentación con la máquina literaria kafkiana.

Ahora bien, es interesante observar la lectura que realizan de *El castillo* para contrastar con la perspectiva de Blanchot. En *Kafka, por una literatura menor* esta novela se analiza a partir de la idea de dispositivo en tanto objeto de la novela, que se caracteriza por ser segmentario, lo cual se visualizaría en las oficinas contiguas, de barreras móviles en *El castillo*. Estos segmentos o bloques son poderes y territorios que pueden captar el deseo, que lo reterritorializan, pero también hay líneas de fuga: el dispositivo entra en un campo de inmanencia ilimitado que funde los segmentos y libera el deseo de sus concreciones. El personaje de K. es visto como únicamente deseo, cuyo único problema es establecer contacto o enlace con el Castillo: “K no será un sujeto sino una función general que se multiplica en sí misma y que no deja de segmentarse y de huir por todos los segmentos” (Deleuze, G y Guattari, F, 1978: 122). Aquí, lo que se puede ver claramente es una lectura del relato a partir de los conceptos filosóficos de deseo, inmanencia, dispositivo, desterritorialización y territorialización del relato de Kafka. Si bien es un modo de leer que apunta a la espacialidad construida en la novela, que lleva a cabo la propuesta de pensar los dispositivos maquínicos y que entra de un extremo a otro de la obra de Kafka para ello, la pregunta es si, en definitiva, Deleuze y Guattari no terminan interpretando la novela desde sus conceptualizaciones filosóficas, identificando los personajes, episodios y espacios de las novelas con conceptos, con nombres, aunque estos no sean trascendentes (como la lectura de Max Brod del mismo texto desde Kierkegaard) sino, justamente inmanentes.

De hecho, lo ilimitado de las novelas, que es un punto en común en estas lecturas, en Deleuze y Guattari se asocia a lo ilimitado del deseo, a la proliferación en la inmanencia, al rizoma, y no a eso inabarcable en tanto *neutro* que contiene la novela en Blanchot que actúa incitando el comentario incesante. Lo que sí es evidente es que, en el contraste entre las formulaciones de Blanchot y las de Deleuze y Guattari sobre *El Castillo*, las del primero generan una resistencia mayor, en términos de Paul de Man (1991), por su indeterminación:

según el crítico, la lectura de Blanchot difiere de otras experiencias de lectura, sus comentarios no enriquecen nuestra comprensión, sino que, por el contrario, suspenden el acto mismo de comprensión y no nos permiten un asidero hermenéutico. En el caso de las formulaciones sobre *El castillo* podemos, desde nuestra perspectiva, visualizar el mayor grado de indeterminación y, por lo tanto, resistencia en nuestra lectura de los textos críticos; mientras en Deleuze y Guattari logramos, luego de comprender los conceptos filosóficos, reconstruir algunas identificaciones entre conceptos y personajes, espacios o episodios de la novela, en Blanchot es más difícil (o imposible) <sup>78</sup>.

Para finalizar, es interesante un señalamiento; Deleuze ha retomado de forma temprana la noción de lo *neutro* de Blanchot para pensar una dimensión perindividual e impersonal en su filosofía. Es llamativo que en su libro con Guattari lo neutro no forme parte del análisis de Kafka, aunque sí lo retoma luego y brevemente en *Crítica y clínica*, como reflexión general sobre la literatura, en donde afirma “las dos primeras personas no sirven de condición para la enunciación literaria; la literatura sólo empieza cuando nace en nuestro interior una tercera persona que nos desposee del poder de decir “yo” (lo “neutro” de Blanchot)” (Deleuze, G. 1996: 8). El eco, en esta formulación, es la visión impersonal que es clave tanto en la filosofía de Deleuze como en los planteos de Blanchot.

#### Para seguir leyendo:

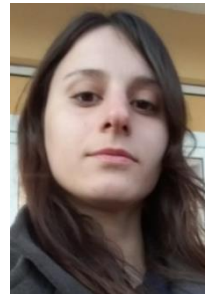
AA.VV. (2010). *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.  
Lecler, É. (2013). *L'Absolu et la Littérature du romantisme allemand à Kafka. Pour une critique politique*. París: Classiques Garnier.



### Referencias bibliográficas:

- Blanchot, M. (1981). *De Kafka a Kafka*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Blanchot, M. (2008). *La conversación infinita*. Madrid: Arena libros.
- Blanchot, M. (2007). *La parte del fuego*. Madrid: Arena libros.
- Canavera, J. (2015). “Del «Afuera del pensamiento» al «Pensamiento del Afuera»: Deleuze entre Blanchot y Foucault” en *THÉMATA. Revista de Filosofía*, 51, pp.: 423-432
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*. México: Ediciones Era.
- Deleuze, Gilles (1996). *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama.
- De Man, P. (1991). *Visión y ceguera: ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Esposito, R. (2009). *Tercera persona: política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fagaburu, C. (2013). *Deleuze literario*. En VV. AA, *Tomás Abraham y El seminario de los jueves. La máquina Deleuze*, (227-243). Sudamericana: Buenos Aires.
- Kafka, F. (1953). *Diarios 1910-1923*. Buenos Aires: Emecé
- Scavino, D. (2004). *Saer y los nombres*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Surghi, C. (2012). *La experiencia imposible. Blanchot y la obra literaria*. Córdoba: Editorial UNC

**Natalí Antonella Incaminato:** Profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, alumna en el Doctorado de Letras de la misma casa de estudios. Investiga las relaciones entre la teoría y la filosofía francesa de la segunda mitad del siglo XX con una beca doctoral de la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado ponencias y artículos sobre el lugar de la literatura en Maurice Blanchot, Gilles Deleuze y Alain Badiou. Dirección electrónica: [natalincaminato@gmail.com](mailto:natalincaminato@gmail.com).



Recibido: 27/9/2018. Aprobado: 6/10/2018. VB: 15/12/2018.

---

<sup>2</sup> Con respecto a la relación de Deleuze con la literatura, Fagaburu plantea que este autor está al acecho de un concepto o una idea, piensa filosóficamente con la literatura. (Fagaburu, 2013, 228). Este pensar filosófico y los usos de la literatura en la obra deleuziana pueden pensarse de un modo cercano a la acepción de “ilustración”, explicada por Dardo Scavino para defender las lecturas que toman ejemplos de la ficción desde una teoría: “Ilustrar no significa aquí reflejar o representar una supuesta realidad preexistente sino ofrecer o dar, “iluminar y nombrar”, según la expresión de Juan José Saer, sacar a la luz del día lo que antes del advenimiento de la palabra poética no tenía estatuto de cosa.” (Scavino, D, 2004: 12)